

LA CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE LA GUERRA ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS (CIUDAD DE MÉXICO, 1947)

The commemoration of the centenary of the Mexico-American war (Ciudad de México, 1947)

Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa

ORCID: 0000-0003-3740-196X

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México*

RESUMEN: En septiembre de 1947, el gobierno de Miguel Alemán conmemoró el centenario de la guerra entre México y Estados Unidos. Este artículo estudia dicha conmemoración, en particular las ceremonias realizadas en Chapultepec y en la Plaza de la Constitución el 13 y 14 de septiembre. Adicionalmente, se abordan dos sucesos previos, que influyeron directamente en la conmemoración: la visita del presidente estadounidense Harry S. Truman a la Ciudad de México, y el hallazgo de los restos mortales de los Niños Héroes, ambos en marzo de 1947. Con base en periódicos y otras publicaciones de la época, se analizan los discursos oficiales sobre la guerra y la manera en que el centenario contribuyó a consolidar una memoria específica sobre la misma. Asimismo, se plantea que la celebración sirvió para legitimar al gobierno y al ejército mexicanos.

PALABRAS CLAVE: Niños Héroes, conmemoraciones, memoria, guerra México-Estados Unidos, Miguel Alemán.

ABSTRACT: In September 1947, Miguel Alemán's government commemorated the centenary of the Mexican-American war. This article studies this commemoration, specifically, the ceremonies held in Chapultepec and in the Plaza de la Constitución on September 13 and 14. Additionally, two previous events, which directly influenced the commemoration, are addressed: U.S. President Harry S. Truman's visit to Mexico City and the discovery of the mortal remains of the Niños Héroes, both in March 1947. Based, mainly, on newspapers and other publications of the time, the analysis focuses on the official discourses about the war and in the way in which the centenary contributed to strengthen a specific memory around it. Likewise, it is argued that the celebration helped to legitimize the Mexican government and the Mexican army.

KEYWORDS: Niños Héroes, commemorations, memory, Mexican-American War, Miguel Alemán.

Fecha de recepción:
2 de febrero de 2021.

Fecha de aceptación:
17 de mayo de 2021.

Doctor en Historia por el CIESAS, maestro en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto Mora y licenciado en Historia por la UNAM. Sus intereses se centran en la historia cultural y social, en específico, en temas como diversiones públicas, conmemoraciones y fiestas cívicas en la Ciudad de México y en Campeche; asimismo, en la guerra México-Estados Unidos, sobre la cual ha estudiado la ocupación militar de las ciudades de México y Veracruz.
Contacto: cristobalsanchezu@gmail.com

* Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, asesorado por la Dra. Rosa María Torras Conangla.

Uno de los monumentos más populares y emblemáticos del Bosque de Chapultepec, en la Ciudad de México, es el “Altar a la Patria”, mejor conocido como el “Monumento a los Niños Héroes”. Este hemicycle se erige en una gran explanada a las faldas del cerro de Chapultepec y resguarda el castillo del mismo nombre. La obra, del arquitecto Enrique Aragón Echeagaray y del escultor Ernesto Tamariz, fue inaugurada en 1952 y está dedicada a los alumnos del Colegio Militar y a los demás individuos que defendieron el sitio del ataque del ejército estadounidense, el 13 de septiembre de 1847.

Detrás de ese lugar, en una zona menos concurrida del bosque, se encuentran otros monumentos dedicados a estos héroes. El más antiguo es un obelisco construido en 1882, en una cara tiene los nombres de los alumnos del Colegio Militar que murieron al defender el castillo y, en las otras, los de quienes fueron heridos o apresados en las batallas de Chapultepec y Molino del Rey (véase imagen 1). Hay otros símbolos más recientes, como unos mosaicos con los rostros —imaginados— de los seis “Niños Héroes”, colocados en 1970 frente al obelisco. En esa ocasión, también se colocó una placa para señalar el sitio en el que supuestamente cayó Juan Escutia,¹ el cadete que, según la tradición, se lanzó desde el castillo envuelto en la bandera, para evitar que fuera capturada por los enemigos.

Los Niños Héroes, los símbolos que los representan y el culto erigido alrededor de ellos, son “lugares de memoria” —en el sentido asignado por Pierre Nora—, fijados como “signos de reconocimiento y de pertenencia de grupo”.² Estos personajes resultaron figuras adecuadas para el imaginario de la nación mexicana que formaron, principalmente, las élites intelectuales y políticas a lo largo del siglo XIX. De un enfrentamiento en el que México salió derrotado y despojado de la mitad de su territorio, se rescató la heroica acción de los cadetes del Colegio Militar. A semejanza de los mártires del santoral católico, los defensores de Chapultepec ascendieron al panteón nacional. Y el recuerdo de los mismos se insertó en el calendario cívico, que disputó con el religioso el tiempo sagrado, un fenómeno que acompañó a los procesos de consolidación de los Estados nacionales.³ No obstante, este culto a los héroes requería de nombres, rostros e historias. Estos elementos se rescataron, se adaptaron y se inventaron a lo largo de las décadas posteriores al suceso.

Como todo lugar de memoria, el significado y el peso dado a los Niños Héroes se han modificado a lo largo del tiempo,⁴ dependiendo de las transformaciones del Estado y de la sociedad, de los intereses de quienes están en el gobierno e, incluso, de los cambios en los planes de estudio oficiales.

¹ Los testimonios de la época de la guerra no refieren este acto. En la década de 1890 se mencionó por primera vez que uno de los cadetes se arrojó envuelto en la bandera; y fue hasta la década de 1930 cuando se le atribuyó a Juan Escutia, de quien solamente se conoce su fe de bautismo. García y Fritsche, *Niños*, 1989, pp. 66-69.

² Nora, “Entre”, 2008, pp. 24-25.

³ Le Goff, *Orden*, 1991, p. 169.

⁴ Nora, “Entre”, 2008, p. 34.



Imagen 1. Obelisco en honor a los defensores de Chapultepec. Fotografía del autor.

Desde hace varias décadas, estos personajes han sido mostrados, sobre todo a los niños, como un ejemplo de “amor a la patria”, aunque en la actualidad, dicho significado tiene menor peso que antes.

Por otro lado, este lugar de memoria lleva consigo una gran dosis de olvido —junto con otra igual de grande de invención—, que también ha dependido de la ideología y los intereses de quienes han participado en su construcción. Como plantea Jacques Le Goff, los “olvidos y silencios revelan mecanismos de manipulación de la memoria colectiva”.⁵ Así, en el proceso de mitificación de los Niños Héroe, se difuminaron el contexto en el que surgieron y los demás actores que participaron en el acontecimiento, incluyendo al enemigo al que los cadetes enfrentaron. La memoria oficial⁶ sobre la guerra en la que se enfrentaron México y Estados Unidos, entre 1846 y 1848 —expresada en monumentos, nombres de calles y plazas, conmemoraciones, libros de

texto—, se centra en las acciones militares del Valle de México. Sin duda, la Batalla de Chapultepec y los cadetes que defendieron el castillo tienen una presencia mayor en dicha memoria que los demás personajes y episodios del conflicto (como las batallas en otros sitios del país, la ocupación militar de ciudades y poblados, o el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, que implicó que México perdiera los territorios de California y Nuevo México y reconociera la anexión de Texas a Estados Unidos).

Por supuesto, la derrota en el conflicto y sus consecuencias explican, en gran medida, los olvidos y también por qué 1847 se convirtió en la fecha por antonomasia para referirse a la guerra entre México y Estados Unidos. Los jóvenes que defendieron Chapultepec fueron lo que se rescató de un suceso en el que casi todo fue humillante para la joven nación.

Lo anterior ayuda a comprender por qué septiembre de 1947 y la Ciudad de México fueron el lugar y tiempo privilegiados por el gobierno del presidente Miguel Alemán para conmemorar los cien años del conflicto, tema en el que se centra este trabajo. En las siguientes páginas, intentaré mostrar que el centenario fue un momento culminante y

⁵ Le Goff, *Orden*, 1991, p. 134.

⁶ Hugo Achugar define la memoria oficial como la memoria “ritualizada del poder”, construida por los Estados nacionales. Achugar, “Lugar”, 2003, p. 209.

paradigmático en el proceso de configuración de memoria y olvidos sobre la guerra de 1846-1848. Y por otro lado, tomando en consideración que “celebrar es una decisión política”, y que “las sociedades, cuando celebran la historia, no celebran pasado sino presente”,⁷ expondré que esta celebración sirvió para legitimar al gobierno y el proyecto alemanista, el cual requería de una buena relación con Estados Unidos para tener éxito.

Analizo, principalmente, los discursos y el ceremonial configurados desde el ámbito oficial, registrados en fuentes hemerográficas de la época. Con ello, me acerco a la manera en la que el régimen recordó la guerra y al uso político que le dio a dicha conmemoración.

Como preludeo al centenario, en los primeros apartados del artículo refiero dos sucesos ocurridos en marzo de 1947, que definieron en gran medida la manera en la que se recordó la guerra unos meses después: la visita del presidente estadounidense Harry S. Truman y el hallazgo de los supuestos restos de los Niños Héroe, en Chapultepec. Posteriormente, abordé las ceremonias efectuadas para conmemorar la guerra y propongo una interpretación del significado que tuvo la que se realizó el 14 de septiembre en torno a los restos de los héroes. Finalmente, esbozo un contraste entre el discurso oficial y algunas voces que, aunque tuvieron menor alcance, permiten vislumbrar las críticas que surgieron hacia el proyecto alemanista y al recuerdo que éste impuso sobre la guerra.

CIEN AÑOS DESPUÉS

En diciembre de 1946, Miguel Alemán Valdés asumió la presidencia del país. La llegada de Alemán al poder significó una transformación importante en el gobierno posrevolucionario. Para la campaña presidencial, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) dio paso al Partido Revolucionario Institucional (PRI), lo cual implicó alejarse del legado cardenista y del interés por la lucha de clases. El PRI, que reflejó el nuevo proyecto político, le dio importancia al sector popular, la burocracia y las clases medias, agrupadas en la Confederación Nacio-

nal de Organizaciones Populares (CNOP) y, a la par, neutralizó políticamente a los sectores campesino y obrero; asumió una postura anticomunista y de colaboración con la burguesía nacional con la intención de lograr el desarrollo.⁸

En la presidencia, Alemán logró supeditar al partido, a sus sectores y a otros actores importantes, como los gobernadores, el ejército y una gran parte de “las organizaciones representativas del capitalismo mexicano”, que se vieron representadas en el gabinete.⁹ Esto último obedeció a la estrategia económica de Alemán, que tenía entre sus principales objetivos fomentar el desarrollo de la industria. Sin embargo, el sector privado mexicano no era capaz por sí solo de sostener ese proyecto, lo cual hacía necesario buscar financiamiento extranjero, en específico estadounidense.¹⁰ Aunque el gobierno deseaba mantener la mayor independencia económica posible, Alemán sabía que no se podía lograr totalmente. Por ello, al inicio de su gobierno la relación con Estados Unidos fue importante; y fue compleja, ya que al mismo tiempo que se buscaban créditos o préstamos, se intentaban limitar o poner ciertas trabas a las importaciones que afectaban a la industria mexicana. Con estas miras, desde sus primeros meses, el gobierno de Alemán procuró discutir el Tratado Comercial de 1942 y obtener el apoyo económico requerido; no obstante, en ambos asuntos no se logró una respuesta concreta por parte de los estadounidenses.¹¹

En este contexto, el presidente estadounidense, Harry S. Truman, hizo una visita a la Ciudad de México a inicios de marzo de 1947, por invitación de Alemán. Fue la primera ocasión que un jefe del ejecutivo estadounidense estuvo en la capital. El viaje de Truman, que fue correspondido dos meses después con una visita de Alemán a Estados Unidos, simbolizó el acercamiento que los dos países tuvieron a partir de la Segunda Guerra Mundial, y contó con momentos que resultaron especialmente significativos, sobre todo por las alusiones a la guerra que enfrentó a ambas naciones un siglo atrás.

⁸ Medin, *Sexenio*, 1990, pp. 58-60.

⁹ Medin, *Sexenio*, 1990, p. 45.

¹⁰ Medin, *Sexenio*, 1990, pp. 105-107; López, “Glorias”, 1991, pp. 72-73.

¹¹ Medin, *Sexenio*, 1990, pp. 107-111.

⁷ Tenorio, *Historia*, 2009, p. 22.

Alemán recibió a Truman el 3 de marzo de 1947. El simbolismo del año no pasó desapercibido por ninguno de los mandatarios. Ambos lo evidenciaron en sus palabras y gestos, con los que celebraron la nueva era en la relación entre los dos países. La visita resultó un preámbulo de la conmemoración que tendría lugar unos meses después; adelantó la tonalidad que tendrían los discursos oficiales.

Las palabras que Alemán pronunció frente a Truman en el Palacio Nacional reflejan el pensamiento que rondaba en el régimen. Refirió los conflictos del pasado y el cambio en la relación en los años recientes:

La historia se hace todos los días, a todas horas. Y su grandeza nunca reside en la voluntad de eternizar el pasado, sino, al contrario, en la aptitud para transformar el pasado en presente activo y para cimentar, sobre sus premisas, un mejor y más sólido porvenir. Precisamente porque nuestros pueblos hubieron de conocerse en el estrago de las batallas tiene mayor significación para el mundo nuestra amistad.¹²

Y una vez que aludió al pasado, Alemán plasmó claramente lo que esperaba del porvenir: “vuestro capital hallará en nuestro país una acogida que estará en proporción con el espíritu en que se inspira dentro de una colaboración que supere todo egoísmo y todo intento de hegemonía.”¹³

Sobre la guerra que tuvo lugar cien años atrás, el presidente mexicano invitó, no a olvidarla, pero sí a liberarse del lastre que significaba para la relación entre los dos países. Su referencia a la historia no sólo comprendía la guerra, también periodos en los que los intereses de los dos países chocaron. Ese pasado que llamaba a no eternizar también abarcaba el nacionalismo revolucionario, desde Carranza hasta Cárdenas, y en su invitación al capital estadounidense, señalaba el nuevo camino que tomaba el régimen y su interés de contar con esa inversión para efectuar su proyecto económico.

Durante la visita, las palabras más significativas fueron las de Alemán. El presidente estadouni-

dense, por su parte, se encargó de los gestos. El 4 de marzo Truman inició su jornada colocando una corona de flores y haciendo una guardia de honor en la Columna de la Independencia. Tras ello, en un acto que incluyó de último momento en su itinerario —según afirmó la prensa del momento—, se dirigió a Chapultepec, recorrió el bosque a bordo del Cadillac blindado en el que viajaba para finalmente detenerse frente al obelisco erigido en 1882. Descendió del auto, abrió la reja que rodea el monumento y, después de recibir los honores de una compañía de cadetes del Colegio Militar, “tomó una corona de flores naturales que uno de los autos de la comitiva llevaba y la colocó al pie del obelisco”. Tras esto, los cadetes “presentaron armas, abatieron, frente al homenaje que la piedra eterniza y por tres veces, la bandera del plantel, en tanto que la banda tocaba la marcha de honor”. Truman se colocó al centro del pedestal y, junto con su comitiva, montó una guardia de honor por algunos minutos, tras lo cual se retiró.¹⁴

El gesto de Truman fue poderoso y quizá más elocuente que un largo discurso. El jefe de Estado de la nación que cien años atrás invadió ese mismo lugar y que le arrebató más de la mitad del territorio a México, se presentó en el monumento que recordaba a los defensores para honrar su memoria. Muchos de quienes presenciaron o refirieron el acto, lo interpretaron como una invitación a enterrar los rencores del pasado y reaccionaron de manera muy entusiasta.

Al día siguiente, el editorial del *Excélsior* que hizo referencia al hecho se tituló “Queremos olvidar” y expresó la necesidad de superar el “recelo que guardaron las generaciones anteriores. El rencor de unos y el sentimiento de superioridad de otros.”¹⁵ Por su parte, *El Universal* manifestó que Truman “sellaba con gesto fraternal cruentas luchas del pasado. Inclínandose ante el glorioso sacrificio de los Niños Héroes [...] y sobre la sangre derramada pronto hará un siglo, ponía muy en alto el lábaro de la concordia.”¹⁶ Jaime Torres Bodet, secretario de Relaciones, quien fue testigo del hecho, declaró que con un solo gesto “de caballero y de amigo” Truman tendió “sobre un abismo del pasado un puente más hacia

¹² “Es preciso borrar el obstáculo inexcusable de los prejuicios”, en: *Excélsior*, 4 de marzo de 1947, p. 3.

¹³ “Es preciso borrar el obstáculo inexcusable de los prejuicios”, en: *Excélsior*, 4 de marzo de 1947, p. 3.

¹⁴ “Rindió homenaje a los Niños Héroes”, en: *Excélsior*, 5 de marzo de 1947, p. 11.

¹⁵ “Queremos olvidar”, en: *Excélsior*, 6 de marzo de 1947, p. 4.

¹⁶ “Simbólicos actos”, en: *El Universal*, 6 de marzo de 1947, p. 3.

el porvenir”.¹⁷ La Asociación de Exalumnos del Colegio Militar agradeció el “noble gesto fraternal y justiciero que mucho le honra y que será recogido por todos los hijos del Glorioso Colegio Militar”.¹⁸ Este último fue un mensaje significativo, ya que —como se verá más adelante— provenía de quienes más interés habían mostrado en recordar y homenajear a los defensores de Chapultepec en décadas pasadas.

Pero no todas las reacciones fueron positivas. Lázaro Cárdenas, por ejemplo, cuya postura hacia Estados Unidos difería de la de Alemán, rechazó la invitación a la cena que habría esa noche con el mandatario. En sus apuntes personales, Cárdenas escribió que consideraba a Truman un criminal de guerra por haber autorizado el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón. Sobre el homenaje de Truman en el obelisco, escribió que las heridas y humillaciones ocasionadas por Estados Unidos a México sólo serían borradas con una amistad sincera tan profunda como esas heridas.¹⁹ El periódico *El Popular*²⁰ también se mostró receloso. Aunque celebró el gesto, planteó que no sabía cuál sería la trascendencia a largo plazo; afirmó que el dinero extranjero nunca sería suficiente para hacer olvidar las invasiones de 1847 y 1914.²¹ Finalmente, la ofrenda floral que Truman colocó en el monumento “desapareció misteriosamente y corrió el rumor de que un grupo la había arrojado a las puertas de la embajada estadounidense”.²² Había, entonces, contradicciones y oposición al discurso oficial conciliatorio. Así lo manifestaron quienes no creían que el acto de Truman pudiera remediar los prejuicios ocasionados a México por Estados Unidos a lo largo de la historia.

No obstante, la percepción general fue positiva, o por lo menos lo fue entre los más cercanos al gobierno de Alemán. Acciones como la de Truman empataban muy bien con la intención del régimen de mejorar la relación para atraer inversión y créditos estadounidenses.

El resto de la visita se desarrolló en medio de un ambiente festivo. Además de una recepción en Palacio Nacional, el gobierno mexicano organizó comidas y un multitudinario festival con música, desfile y danzas “folklóricas” en el Estadio Nacional, al que decoraron con “dos colosales manos entrelazadas, una morena y la otra rubia”.²³ Truman incluso se dio el tiempo para sobrevolar el volcán Parícutín, que surgió de la tierra cuatro años antes, y de visitar Teotihuacán, previo a su regreso a Estados Unidos.²⁴

Esta gran recepción que el gobierno mexicano organizó, ayudó a que el presidente estadounidense estuviera dispuesto a apoyar a México con recursos. Para decepción del gobierno mexicano, no fueron todos los que esperaba, por las condiciones que más adelante impusieron funcionarios y congresistas estadounidenses; de hecho, en la visita no se trataron formalmente los asuntos económicos y no se estableció ningún acuerdo oficial.²⁵ Sin embargo, como se vio hasta aquí, la estancia de Truman tuvo implicaciones en otros ámbitos.

Entre todas las actividades que Truman realizó en México, el acto en el monumento a los héroes de Chapultepec fue lo que más impactó a la opinión pública. Aunque no haya sido su intención,²⁶ el gesto del presidente estadounidense fue interpretado como

¹⁷ “Un puente sobre el abismo del pasado”, en *Excélsior*, 5 de marzo de 1947, p. 1.

¹⁸ “Homenaje del presidente”, en: *El Universal*, 5 de marzo de 1947, p. 10.

¹⁹ Wagenen, *Remembering*, 2012, p. 145.

²⁰ Periódico fundado por Vicente Lombardo Toledano; fue un órgano de comunicación del movimiento obrero revolucionario. Cabe señalar que a finales de 1947 se dio una pugna entre Lombardo y el PRI por el control de la CTM, que culminó con el rompimiento de Lombardo con dicha confederación. Para enero de 1948, la CTM adoptó una postura clara contra los comunistas, Lombardo y contra *El Popular*. Medin, *Sexenio*, 1990, pp. 75-77.

²¹ Citado en Wagenen, *Remembering*, 2012, p. 145.

²² Plascencia, “Conmemoración”, 1995, p. 266.

²³ “México ofreció ayer, al presidente Truman, formas sintéticas de su inagotable folklore”, en: *Excélsior*, 5 de marzo de 1947, pp. 1 y 12.

²⁴ “Volará hoy, Truman, sobre el Parícutín”, en *Excélsior*, 5 de marzo de 1947, p. 1. Un testimonio visual de esta visita se puede apreciar en la colección histórica en línea de British Pathé, en el breve filme llamado “Truman in Mexico 1947”. Se puede ver en: <<https://www.britishpathe.com/video/truman-in-mexico/query/Aztec>>.

²⁵ Medin, *Sexenio*, 1990, p. 110, y Loaeza, “Todo”, 2016.

²⁶ En la entrada de ese día en su diario, Truman anotó sobre la guerra entre México y Estados Unidos un lapidario “se lo buscaron” (Loaeza, “Todo”, 2016). Lo importante aquí, sin embargo, fue lo que expresó en público. Además de que correspondió a la entusiasta recepción que tuvo, para su gobierno también era importante estar en buenos términos con México, ya que buscaban eliminar las trabas en los aranceles y, como se vio tiempo después, tener posibilidad de utilizar las aguas territoriales mexicanas con fines militares. Medin, *Sexenio*, 1990, p. 66.

una invitación a olvidar diferencias pasadas y dejó en el aire las ideas de perdón y de superación de rencores, que se volvieron lugares comunes en la conmemoración de la guerra unos meses más adelante. Y a esto se sumó otro ingrediente: un hallazgo ocurrido unas semanas después de la visita de Truman.

EL HALLAZGO DE LOS RESTOS MORTALES

Para planear la conmemoración del centenario de la guerra con Estados Unidos, Miguel Alemán formó el Comité Nacional Pro-Conmemoración Héroes 1846-47, al frente del cual colocó a Aarón Sáenz. El comité se encargó de preparar las ceremonias de septiembre de 1947; publicó libros sobre la guerra; emitió estampillas, monedas y medallas de los Niños Héroes, de las batallas de Chapultepec y Molino del Rey y del Batallón de San Patricio;²⁷ y organizó un concurso para elaborar el nuevo monumento a los Niños Héroes.²⁸ Desde un inicio, la figura de los cadetes se proyectó como el elemento central de la conmemoración; no obstante, hacía falta un elemento importante: sus restos mortales. Hasta ese momento se desconocía el paradero de los mismos, y no habían recibido los honores que los vestigios físicos de otros héroes sí.

Desde los años que siguieron a la Independencia, los gobernantes mexicanos organizaron numerosas ceremonias en las que se exhumaron y trasladaron los restos de quienes consideraban héroes o mártires de la patria. Las osamentas de los próceres de la Independencia, por ejemplo, que yacían en diversos sitios, fueron trasladadas a la Ciudad de México, y después, de un sitio de reposo a otro, en distintos actos o procesiones solemnes en las que participaron funcionarios y ciudadanos. Estas ceremonias sirvieron, en muchas ocasiones, como actos de desagravio o de reivindicación de los personajes (según quien estuviera al frente del gobierno). Los vestigios, además de recordar las virtudes y el sacrificio que hicieron por la patria, hacían presentes a los héroes en las celebraciones o conmemoraciones.²⁹ De esta forma, para la conmemoración de septiem-

bre de 1947, tener los restos de los Niños Héroes permitiría materializar el culto y hacerlos presentes.

A inicios de marzo de 1947, el general Gilberto R. Limón, Secretario de Defensa, encargó la labor de búsqueda al general en retiro Juan Manuel Torrea. Este último, desde la década de 1920 había manifestado que las osamentas se encontraban enterradas en el bosque de Chapultepec, cerca de los "Ahuehuetes de Miramón". Torrea se basaba en el testimonio del general Manuel Plata, quien a su vez recogió el del general José Montesinos, alumno del Colegio en la década de 1850. En la búsqueda, conoció también el testimonio de Tiburcio Chavira, un guardabosques de Chapultepec de 85 años.³⁰

El 26 de marzo de 1947, pocas semanas después de la visita de Truman, el diario *La Prensa* dio la noticia de que los restos mortales de los Niños Héroes habían sido localizados en el bosque de Chapultepec, gracias a las investigaciones y cálculos de Torrea y del mayor Abel Boza Alemán, quien, según el periodista Arturo Sotomayor, por medio de un estudio de la batalla y de algunos testimonios, determinó el sitio en el que podrían encontrarse.³¹ Sotomayor contó que la excavación la efectuó un batallón de zapadores del ejército, el cual encontró los restos a menos de dos metros de profundidad. Según el relato, Boza Alemán tomó los cráneos, comprobó que eran de adolescentes e informó a Torrea y al secretario de Defensa. La zanja en la que fueron hallados los restos quedó bajo resguardo de tropas federales.³²

Tras estos sucesos, el gobierno mexicano nombró una Comisión Investigadora, formada por el historiador Alfonso Toro, el ingeniero José María Álvarez, Celestino Herrera Frimont, Alberto María Carreño y el propio general Torrea, quienes emitieron su dictamen para el mes de mayo. La Comisión concluyó, con base en el estudio de las osamentas y en las tradiciones y testimonios de años posteriores, que los restos eran los de los seis héroes.³³ Supuestamente, cinco cráneos correspondían a individuos de corta edad y uno a una persona un poco mayor. Estas características se ajustaban a la tradición, que

²⁷ Wagenen, *Remembering*, 2012, p. 142.

²⁸ *El Universal*, 1 de marzo de 1947, p. 10.

²⁹ Vázquez, "Reliquias", 2005.

³⁰ *Memoria*, 1954, pp. 19-33; García y Fritsche, *Niños*, 1989, p. 91.

³¹ Sotomayor, *Nuestros*, 1947, pp. 9-10.

³² Sotomayor, *Nuestros*, 1947, pp. 9-10.

³³ Sotomayor, *Nuestros*, 1947, p. 88.

registraba que el teniente Juan de la Barrera era más grande que el resto de sus compañeros.³⁴

Las condiciones en que se dio el hallazgo, su pertinencia y los personajes e instituciones que participaron en él, hacen abrigar ciertas dudas sobre la veracidad del mismo. En primer lugar, hay una contradicción entre el trabajo del general Torrea y lo que narró Sotomayor, ya que según los testimonios que recopiló el primero, los huesos de los cadetes fueron enterrados originalmente cerca de los “Ahuehuetes de Miramón”; pero en 1896, fueron exhumados y trasladados al sitio en el que se encontraron.³⁵ Por su parte, al dar la noticia, Sotomayor alabó el trabajo de Abel Boza Alemán, quien supuestamente había reconstruido la batalla para hacer cálculos de dónde podían haber sido enterrados.

Aunque se conceda que la contradicción señalada se deba a un error en la interpretación del periodista, o a un interés por elogiar a Boza Alemán, otros elementos también permiten poner en duda el hallazgo, como el hecho de que la excavación la hizo un batallón de zapadores y fueron los mismos militares quienes colocaron los restos en urnas y las trasladaron al Palacio Nacional, así como que en la Comisión Investigadora haya estado el general Torrea, quien desde antes mostró sumo interés en encontrar los restos.³⁶ Esto deja ver que el Ejército Mexicano estuvo presente en todo el proceso, ejerciendo control sobre la búsqueda y la posterior “confirmación” de que los huesos, en efecto, eran de los Niños Héroes. Es de notar que la Asociación de Exalumnos, interesada en enaltecer a los héroes del Colegio Militar, como se verá en el siguiente apartado, no había logrado encontrar dichos restos durante las décadas anteriores.

Al Ejército Mexicano le venía bien, en ese momento, reavivar el culto a los Niños Héroes. Al conmemorar una guerra en la que los militares del país quedaron muy mal parados, resaltar los hechos heroicos de su institución en dicho conflicto era fundamental (recordar lo bueno, no lo malo). Por otro lado, desde el sexenio de Ávila Camacho, el sector

castrense salió del PRM,³⁷ y la llegada de Miguel Alemán a la presidencia terminó con un largo periodo en el que el poder ejecutivo fue encabezado por un militar. Por ello, relegitimarse podría ayudarles a permanecer cerca del poder. El “hallazgo” de los restos llegó en un momento adecuado para la institución.

Cabe señalar que, para otorgarle mayor importancia y seriedad, el hallazgo quedó registrado en publicaciones más extensas que las notas de los periódicos. Arturo Sotomayor, el periodista antes mencionado de *La Prensa*, publicó ese mismo año la obra *Nuestros Niños Héroes. Biografía de una noticia*. Ahí narró con detalle cómo fue el descubrimiento, lo que rodeó a la noticia y el dictamen de la Comisión Investigadora. Resulta interesante el significado que le dio a los Niños Héroes, a quienes equiparó con Cuauhtémoc como “las únicas figuras limpias de mácula en nuestra historia, las únicas acerca de las cuales la opinión es unánime en cuanto al respeto y al culto; [...] mencionar sus nombres es como pronunciar el elogio de la pureza humana [...]. Son, pues, el paradigma del heroísmo mexicano”.³⁸ Como lo hicieron muchos escritores liberales en el siglo XIX, y después el Estado mexicano,³⁹ Sotomayor estableció una continuidad entre el pasado indígena y el México independiente. Describió a Cuauhtémoc como un héroe mexicano ejemplar, tanto como los Niños Héroes. Por su parte, Juan Manuel Torrea escribió *A cien años de la epopeya*, dos breves volúmenes en los que recopiló los testimonios sobre la defensa de Chapultepec, desde los contemporáneos a la guerra hasta los de cien años después en torno a los restos de los defensores. Torrea concluyó: “ya no hay rencores que guardar ni afrentas que lavar; la Patria está encauzada en la vía del progreso, y no hay que soñar en represalias, sino confiar en el porvenir”.⁴⁰ Torrea empató a Estados Unidos, una vez más, con la concordia.

El hallazgo fue muy oportuno. Como se verá a continuación, el gobierno concedió un lugar central a los seis cráneos y osamentas adolescentes en la ceremonia de conmemoración organizada por el centenario de la guerra. A inicios de septiembre, para aclarar dudas y terminar con la polémica, “por me-

³⁴ Un estudio interesante sobre la construcción del mito de los Niños Héroes es el de García y Fritsche, *Niños*, 1989, además del ya citado texto de Enrique Plascencia (“Conmemoración”, 1995).

³⁵ *Memoria*, 1954, pp. 36-39.

³⁶ Plascencia, “Conmemoración”, 1995, p. 266.

³⁷ López, “Glorias”, 1991, p. 63.

³⁸ Sotomayor, *Nuestros*, 1947, p. 80.

³⁹ Véase: Campos, “Cuauhtémoc”, 2017.

⁴⁰ Torrea, *Cien*, 1947, p. 61.

dio de un decreto presidencial, se confirmó el carácter genuino de los despojos y se colocaron en seis urnas de cristal y plata sobredorada, listas para recibir la veneración oficial y popular”.⁴¹ Los restos fueron usados como un símbolo tangible de la heroicidad.

LA CONMEMORACIÓN

A partir de la década de 1850, gobierno y Ejército mexicanos comenzaron a recordar a quienes murieron en la batalla de Chapultepec. No obstante, fue en la década de 1870 cuando estos mismos actores comenzaron a darle preponderancia al hecho de que entre los defensores y los que perdieron la vida se encontraban alumnos del Colegio Militar. En 1871, un grupo de excadetes formó la Asociación de Exalumnos del Colegio Militar y se acercó al gobierno de Juárez para pedirle que se efectuara una ceremonia en memoria de los defensores de Chapultepec y de Molino del Rey (donde se libró una batalla el 8 de septiembre de 1847). La asociación sugirió declarar el 13 de septiembre como día de luto nacional. Aunque el gobierno liberal accedió, fue hasta la década de 1880 cuando fijó una ceremonia más solemne, con disparos de salvas, discursos, ofrendas florales y guardias de honor en el obelisco, inaugurado en 1882.⁴²

Sobre los Niños Héroe en específico, en un principio sólo se tenía certeza de la participación de Agustín Melgar, Vicente Suárez y Francisco Montes de Oca. De Juan de la Barrera, Juan Escutia y Francisco Márquez sólo se sabían los nombres y su lugar de origen. Los testimonios de la época, tanto estadounidenses como mexicanos, daban cuenta de la defensa heroica por parte de los cadetes, pero no de hechos particulares. Sus rostros, su breve biografía y su final heroico se configuraron a lo largo de las décadas, incluyendo el acto culminante de quien se envolvió en la bandera y se arrojó al vacío con ella. Asimismo, el culto entre la población se arraigó con el paso de los años.⁴³ Los Niños Héroe, su significado y la forma de recordarlos fueron parte del proceso de configuración del lugar de memoria y de “invención de tradiciones” —para usar el término de Eric

Hobsbawm—, por parte de las élites políticas e intelectuales mexicanas, a finales del siglo XIX e inicios del XX. Como señala Hobsbawm, en los procesos de formación nacional, se “crearon nuevos símbolos y concepciones”, entre ellos, “la personificación de ‘la nación’ en un símbolo o una imagen”. Estas tradiciones inventadas buscaban, entre otras cosas, legitimar, dar cohesión a una comunidad e inculcar ciertas creencias o valores.⁴⁴ El sacrificio de los jóvenes defensores de Chapultepec se tomó como un símbolo del “amor” a la patria; y ese símbolo fue moldeado a través de los años, como otros que se insertaron en el Panteón nacional y en el calendario cívico y a los que se les dio más o menos importancia, según los intereses de los gobernantes.

En las primeras dos décadas del siglo XX, la Asociación de Exalumnos siguió al frente de las conmemoraciones, pero a partir de 1924, el gobierno comenzó a quitarle protagonismo. Los regímenes posrevolucionarios variaron en su entusiasmo hacia el culto. Algunos años, el gobierno federal tomó las riendas del festejo, y otros, le cedió la labor a los funcionarios del Distrito Federal o de la Secretaría de Educación Pública. En el gobierno de Lázaro Cárdenas, el interés se reavivó, pero una vez más se aplacó en el sexenio de Manuel Ávila Camacho.⁴⁵ Aunque relegados, los individuos relacionados con el Colegio Militar no dejaron de participar en el recuerdo de la defensa de Chapultepec y el ceremonial establecido para cada ocasión.

Cerca de que se cumplieran los cien años de la guerra, los más entusiastas lamentaban el desinterés por parte del gobierno, promovían que se buscaran los restos de los cadetes y que se construyera un monumento digno para la ocasión.⁴⁶ Como se vio en el apartado anterior, la indiferencia que acusaban cambió con la llegada de Alemán a la presidencia y por la cercanía del centenario. La fecha sirvió para apuntalar el culto a los Niños Héroe y para que el Estado tomara definitivamente el liderazgo en la conmemoración y en los otros aspectos que la Asociación había demandado, como la búsqueda de las osamentas o la construcción del nuevo monumento.

⁴¹ López, “Conmemoración”, 1999, p. 64.

⁴² Plascencia, “Conmemoración”, 1995, pp. 252-253.

⁴³ Plascencia, “Conmemoración”, 1995, pp. 248-257.

⁴⁴ Hobsbawm, “Introducción”, 2002, pp. 13-16.

⁴⁵ Plascencia, “Conmemoración”, 1995, pp. 258-264.

⁴⁶ Plascencia, “Conmemoración”, 1995, p. 264.

Por la centralidad otorgada a los Niños Héroe, la batalla de Chapultepec fue casi el único suceso de la guerra que el gobierno conmemoró de forma oficial por medio de actos públicos y multitudinarios. Fuera de Chapultepec, al parecer solamente se recordaron las otras batallas del Valle de México en el ámbito escolar.⁴⁷ Para recordar la defensa de otros sitios no parece haber habido mayores actos. Esto ejemplifica que, además de personajes, la memoria oficial sobre la guerra dejó de lado a distintas regiones o poblaciones en las que también se vivió la guerra y en donde existieron actos heroicos o de resistencia frente a la invasión (Monterrey o Veracruz, por ejemplo). En todo el país se impuso la conmemoración de una batalla llevada a cabo en la capital. Quizá, hubo actos conmemorativos de otros sucesos en meses anteriores, en los respectivos centenarios —algo que valdría la pena investigar— pero nada de ello fue recuperado por el gobierno del país ni por la prensa de la capital. El hecho de que los héroes recordados eran “niños” o jóvenes, ayuda a entender el interés puesto en este suceso. También, que el Estado posrevolucionario buscaba crear una homogeneidad cultural por medio de símbolos específicos que aglutinaran valores cívicos y representaran a la nación.

El sábado 13 de septiembre de 1947, el ceremonial, que encabezó en todo momento el presidente Alemán, inició en la explanada del Castillo de Chapultepec. Ahí, el secretario de Defensa, Gilberto R. Limón, pasó lista a los cadetes, para recibir la respuesta a coro de “¡Murió por la Patria en 1847!”. Después, Aarón Sáenz, encargado del Comité Nacional Pro-Conmemoración Héroes 1846-47, pronunció un discurso en el que aclaró que al recordar la guerra no se deseaba “desenterrar agravios; ni revivir pasiones por hechos consumados”, sino recordar la gesta de los héroes. Y refirió que “las responsabilidades del pasado” habían sido “ya liquidadas adoptando un sistema de convivencia en este Nuevo Mundo, que permita que el derecho, la soberanía y la justicia de nuestros pueblos sea el punto de partida, la base y el ideal de nuestra colectividad americana”. Hizo notar la pre-

sencia de cadetes de West Point en la ceremonia y recordó el gesto del presidente Truman en marzo, que llegaba “a lo más profundo del corazón mexicano”.⁴⁸ Con esas palabras, Sáenz plasmó muy bien la postura oficial sobre la guerra, que fue en todo momento muy cuidadosa: una rememoración un tanto ambigua, que tuvo como prioridad destacar a los héroes y recordar que la relación con Estados Unidos ya era diferente.

Ahí mismo, el secretario de Educación, Manuel Gual Vidal, habló de lo necesario que son los héroes para las naciones, y aludió a la lección que se desprendía del suceso que se conmemoraba. El sacrificio de los cadetes de Chapultepec trascendió “el acto heroico aislado para convertirse en arquetipo del cumplimiento del deber patriótico y hundir profundamente sus raíces en las entrañas de la nacionalidad”. Gracias a ellos, aseguró, “México logró uno de sus más valiosos tesoros en su integración como pueblo independiente y soberano, transformando la derrota brutal de las armas, en un triunfo de la conciencia patria”.⁴⁹ Gual Vidal resumió el significado que el Estado le daba —y le sigue dando— al hecho: unos héroes jóvenes, libres de pecados políticos que se les puedan reprochar (a diferencia de personajes más polémicos, como Santa Anna o Mariano Paredes, entre tantos), que entregaron su vida por el país; asimismo, como un acto fundador del espíritu patriótico dentro de un acontecimiento que mostró la heterogeneidad y la desunión existente en México para mediados del siglo XIX. Por otro lado, como encargado de la educación pública en México, mostró lo que el Estado buscaba transmitir a la infancia, por medio del ejemplo de los Niños Héroes. Éstos resultaban un gran instrumento para transmitir los valores cívicos que el Estado buscaba inculcar a los futuros ciudadanos, como el “deber patriótico”.

A decir de Tzvetan Todorov, la memoria “es forzosamente una selección”, determinada por el uso que, consciente o inconscientemente, se hace del pasado.⁵⁰ En 1947, de la guerra ocurrida cien años atrás, el gobierno mexicano enfatizó aquello que ayudaba a reforzar su proyecto y marginó

⁴⁷ En los primeros días del mes, se efectuaron ceremonias en las escuelas del país para recordar a los defensores de Chapultepec, Molino del Rey, Churubusco y Padierna. “Homenaje en escuelas a los Niños Héroes”, en: *Excelsior*, 13 de septiembre de 1947, p. 25

⁴⁸ “Conmoveras Ceremonias a la Sombra de los Ahuehuetes”, en: *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, pp. 1 y 3.

⁴⁹ “Bello discurso de Gual Vidal sobre los Niños Héroes”, en: *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, pp. 1 y 16.

⁵⁰ Todorov, *Abusos*, 2000, p. 16.

u omitió lo que lo obstaculizaba. Siguiendo aún a Todorov, en la conmemoración se utilizó la memoria de manera “ejemplar”: de un suceso doloroso o humillante para el país, se extrajo una lección —en este caso, de patriotismo—, para convertir al pasado “en principio de acción para el presente”.⁵¹

Para Felicitas López Portillo, en la conmemoración de 1947 las autoridades educativas “arrebataron el símbolo” de los niños héroes, “ejemplo cívico para la niñez y la juventud”, a los militares.⁵² Quizá no resulta tan exacto decir que se lo arrebataron, ya que hasta nuestros días el Ejército conserva a los cadetes como uno de sus símbolos y es quien se encarga de los homenajes oficiales cada 13 de septiembre.⁵³ En las ceremonias mismas de 1947, el secretario de defensa y los cadetes del Colegio Militar ocuparon un lugar importante. Pero es cierto que la Secretaría de Educación Pública desempeña, desde entonces, un papel sustancial en el culto hacia dichos héroes. Tal vez sea más adecuado plantear que la coyuntura del centenario consolidó un culto cívico paralelo al militar.

De vuelta a la ceremonia del 13 de septiembre de 1947, después de los discursos, el presidente “coronó” o condecoró a la bandera del Batallón de San Blas, unidad militar que participó en la defensa del Castillo. La ceremonia entonces se trasladó a las faldas del cerro, a la rotonda que daba entrada al Bosque, donde hasta ese momento había estado la “Fuente de las Ranas”. Ahí, el presidente colocó la primera piedra del nuevo monumento que se construiría en honor a los defensores de 1847 —el Altar a la Patria—. Finalmente, “rodeado de gentío”, caminó unos metros hasta llegar al obelisco dedicado a los defensores de Chapultepec e hizo una guardia frente al monumento. La ceremonia terminó con las salvas de artillería que dispararon los cadetes del Colegio Militar y los aplausos del “pueblo” que ahí se reunió.⁵⁴

Ese mismo día, se celebró en el Congreso una sesión solemne, en la que se develó la leyenda “A los Niños Héroes de Chapultepec”, escrita con letras de oro en el Salón de Sesiones. En esa ceremonia, los legisladores refirieron que, a diferencia de cien años atrás, el pueblo mexicano era consciente de la importancia de la “unificación nacional”. El diputado Manuel Antonio Romero, en el discurso más celebrado, habló del pasado en un tono conciliador. Incluso, defendió la política estadounidense del siglo XIX. Afirmó, por ejemplo, que la Doctrina Monroe sirvió para obligar a Napoleón III a retirar sus tropas de México en la época del Segundo Imperio. Y como otros, recordó la ofrenda que puso Truman a los pies del obelisco de Chapultepec —lo cual reitera el impacto del gesto—. Aseguró que, con ello, “dio fin, simbólicamente a una era lamentable en las relaciones entre su país y el nuestro”.⁵⁵

La ceremonia del 13 de septiembre tuvo como escenario el Castillo de Chapultepec y los monumentos de sus alrededores. La protagonizaron el presidente, sus secretarios y otros funcionarios públicos. Fue una conmemoración con tono solemne pero también, en ciertos momentos, festivo. El domingo 14 de septiembre hubo otro acto conmemorativo, pero a diferencia del anterior, éste tuvo un carácter más fúnebre, ya que giró en torno a los restos de los Niños Héroes. El escenario fue la Plaza de la Constitución y, en contraste con el 13, en donde hubo una participación más restringida, la ceremonia del 14 fue multitudinaria.

La mañana del 14, en la Plaza de la Constitución, frente a la entrada principal del Palacio Nacional, se levantó un túmulo, que se cubrió con paños grises y que fue rodeado por coronas de flores (entre ellas, una de la delegación militar estadounidense, decorada con su bandera). La plaza la ocuparon cerca de 20 000 militares, entre quienes estaban los cadetes del Colegio Militar, sus pares de América Latina y de Estados Unidos y varios cuerpos del Ejército Mexicano. A las 10 de la mañana, Alemán salió de Palacio Nacional, acompañado de una comitiva integrada por varios funcionarios, y se colocó al pie del túmulo. Momentos después, del mismo Palacio Nacional salieron, las “seis angarillas

⁵¹ Todorov, *Abusos*, 2000, pp. 30-32.

⁵² López, “Conmemoración”, 1999, p. 67.

⁵³ Véase, por ejemplo, la ceremonia realizada el 13 de septiembre de 2020 en el Altar a la Patria. Andrés Manuel López Obrador, “173 Aniversario de la Gesta Heroica de los Niños Héroes de Chapultepec”, 13 de septiembre de 2020: <<https://youtu.be/54G2q7kyWrU>>.

⁵⁴ “Conmoveras Ceremonias a la Sombra de los Ahuehuetes”, en: *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, p. 3.

⁵⁵ “Glorificó a los Niños Héroes el Congreso Federal”, en: *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, pp. 1 y 8.

de cedro” con las “urnas de oro y cristal” que guardaban “los sagrados restos de los cadetes”. Cuando las urnas se colocaron en el túmulo, se entonó el himno nacional, se dispararon veintiún cañonazos y las distintas escuelas militares inclinaron sus banderas. Tras esta emotiva ceremonia, Alemán y los representantes de los demás poderes, del Ejército y del cuerpo diplomático, subieron al túmulo para montar la primera guardia. Posteriormente, los asistentes pudieron desfilar y admirar los restos óseos.⁵⁶

Entre los actos más simbólicos de ese día, cadetes de la academia militar estadounidense de West Point montaron una guardia de honor frente a los restos de los jóvenes héroes mexicanos.⁵⁷ Fue otra expresión del discurso de conciliación, que se explotó intensamente en la ocasión.

El encargado de las palabras en la ceremonia fue el sargento 2.º de cadetes del Colegio Militar, Manuel Varela. Varela refirió con lujo de detalle la muerte de algunos de los seis Niños Héroes, como Juan Escutia, quien “se envolvió en el lienzo sagrado y a los destellos de un épico sol de gloria se lanzó al abismo”, y de quien “el murmullo del bosque recogió su último aliento: ‘Madre mía’”.⁵⁸ El discurso del cadete Varela era el de la institución militar en general que, como se ha visto, aprovechó la ocasión para reivindicarse frente al gran fracaso de su pasado que significaba la guerra con Estados Unidos. El supuesto hallazgo de los restos de los Niños Héroes fue muy oportuno, porque relegitimó y le dio una expresión material y de gran carácter simbólico al culto. Sirvió para convertirlo en el centro de la conmemoración del centenario de la guerra, relegando a muchos otros temas y sucesos que podrían haber sido incómodos tanto para el Ejército como para el gobierno de Alemán en la nueva relación que mantenía con Estados Unidos.

⁵⁶ “En digno homenaje pagó México su deuda a los Niños Héroes”, en: *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, pp. 1 y 6.

⁵⁷ “La inmortalidad de los Niños Héroes, consagrada ayer en el Altar de la Patria”, en: *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, p. 13.

⁵⁸ “En digno homenaje pagó México su deuda a los Niños Héroes”, en: *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, p. 6.

CONMEMORACIÓN FÚNEBRE

Aunque la muerte de los héroes celebrados ocurrió un siglo atrás, puede plantearse que la ceremonia del 14 de septiembre de 1947 tuvo características de un funeral de Estado, ya que el elemento central fueron las urnas con los restos de los jóvenes. Estas ceremonias han sido estudiadas por autores como Avner Ben-Amos, quien se ha enfocado en los funerales organizados en Francia durante la Tercera República.

En dichos funerales, Ben-Amos distingue los esfuerzos de los gobernantes por legitimarse y “movilizar a los ciudadanos en nombre de los valores encarnados en el nuevo régimen”.⁵⁹ Éste utilizó de forma ritual espacios públicos, edificios y monumentos específicos de París en sus ceremonias cívicas y con ello se vinculó al pasado de Francia, consecuente con su visión unificadora, al tiempo que les otorgó un nuevo significado. Con base en las propuestas de Clifford Geertz, Ben-Amos plantea que los funerales se efectuaban en “espacios sagrados”: “donde los valores sagrados de una comunidad son enfocados y se vuelven tangibles a través de un conjunto de símbolos y rituales, y donde ocurre la comunicación de la sociedad con estos valores sagrados”.⁶⁰ El sitio en el que se velaban los restos de los héroes o los grandes hombres, aquellos por los que pasaban y donde eran enterrados se tornaban en espacios sagrados. Asimismo, las ceremonias creaban un tiempo sagrado. En los funerales de Estado, “el espacio urbano y el féretro se convirtieron en señales tangibles de la nación republicanizada y su interacción acentuaba su calidad de sacro a través de un proceso de amplificación mutua”.⁶¹

Siguiendo la propuesta de Ben-Amos, puede plantearse, en primer lugar, que la conmemoración y el discurso oficial en torno a los sucesos de 1847, que tuvieron como símbolo principal a los Niños Héroes, ayudaron a legitimar el proyecto de Miguel Alemán. Su presencia y protagonismo en las ceremonias —aunque lógico por ser el encargado del Ejecutivo— fue útil para ligarlo con la gesta heroica, que se descontextualizó y se sintetizó como un símbolo

⁵⁹ Ben-Amos, “Centro”, 2007, p. 50.

⁶⁰ Ben-Amos, “Centro”, 2007, p. 52.

⁶¹ Ben-Amos, “Centro”, 2007, p. 73.

del amor y del deber patrio. Asimismo, la manera en la que se recordó el conflicto bélico, mencionando lo menos posible que el Ejército de Estados Unidos fue el que invadió el territorio mexicano, ayudaron a enfatizar la idea de que se iniciaba una nueva etapa en las relaciones con este país. A decir de Felicitas López Portillo, “en correspondencia con la megalomanía del titular del Ejecutivo, el homenaje a los Niños Héroes corrió a cargo de la presidencia, y terminó por convertirse en un homenaje al homenajeador”.⁶² La conmemoración, como un acto político, ayudó a resaltar la imagen de Miguel Alemán como el dirigente del país y como cabeza de un proyecto que se distanciaba del pasado, en especial del legado cardenista. Además de la imagen dada hacia el exterior, de cordialidad con Estados Unidos, Alemán se mostró, en las ceremonias, al frente de los distintos sectores del gobierno y de la sociedad que lo rodeó en el bosque de Chapultepec y que participó entusiasta y hasta devota en la ceremonia del Zócalo. Por otro lado, se puso de manifiesto la lealtad o la subordinación del Ejército al Ejecutivo.

Pero la conmemoración también ayudó a la imagen del sector castrense, que ocupó un lugar central en la conmemoración. Aparte de participar en el hallazgo de los restos de los héroes, los militares, comenzando por el Secretario de Defensa, fueron protagonistas en todas las ceremonias y rodearon masivamente el túmulo con las urnas en la ceremonia de la Plaza de la Constitución. Sin duda, con ello buscaron ligarse a un acontecimiento heroico ocurrido en la guerra y dejar de lado aquellos menos afortunados y la derrota de su institución en el pasado.

Además de legitimar a actores y proyectos, la conmemoración otorgó nuevos significados a ciertos objetos y espacios y, como plantea Ben-Amos, los sacralizó. Algunos gestos fueron discretos, como la “coronación” o condecoración de la bandera del Batallón de San Blas, en la ceremonia del 13. Otros fueron más trascendentes, como la primera piedra del nuevo monumento —en donde posteriormente serían depositadas las urnas de los Niños Héroes—, que le otorgó un nuevo significado al espacio. Y el acto más solemne y significativo fue la veneración de las urnas con los restos, cuya presencia sacralizó la Plaza de la Constitución. El túmulo convirtió al Zócalo “en un inmenso altar de la

patria”.⁶³ Ahí, una vez que fueron colocadas las urnas, como si se tratara de reliquias de santos, comenzó la procesión de los mexicanos frente a ellas. Una de las fotografías de la ceremonia capturó a un grupo de niños arrodillado frente a las urnas,⁶⁴ lo cual da cuenta del hábito religioso que se le otorgó a la ceremonia. Como en los funerales de Estado, las figuras celebradas se convirtieron —o se reconvirtieron— en figuras ejemplares para los ciudadanos y símbolos de los valores nacionalistas como la independencia o el amor a la patria.

Aparte de tornarse sagrados, los sitios de la urbe ligados al suceso se conectaron simbólicamente: Chapultepec, donde supuestamente se hallaron los restos, se relacionó con el Zócalo, donde se honraron. La ceremonia fúnebre en este último, pretendió además otorgarle un nuevo significado a la fecha. Cien años atrás, la mañana del 14 de septiembre de 1847, la bandera estadounidense fue izada en el Palacio Nacional y —aunque aún se dio un levantamiento popular de tres días— se concretó la toma de la capital por el ejército invasor. La ceremonia de 1947, que comprendió la guardia de honor por parte de los cadetes de West Point, sirvió como una especie de desagravio de la fecha y el lugar. La bandera estadounidense estuvo también presente, pero a los pies del túmulo en donde se honró a los defensores de Chapultepec. Todo ello fue una muestra didáctica de los valores del régimen del momento y puede interpretarse como uno de los instrumentos que se utilizaron para legitimar la política exterior.

ALGUNAS VOCES CRÍTICAS

Después del 14 de septiembre, el gobierno no hizo otra conmemoración oficial de algún suceso de la guerra entre México y Estados Unidos. La defensa de Chapultepec y los Niños Héroes ocuparon la mayor parte de la atención gubernamental y generaron una euforia cívica de tres días, que también se desbordó en espacios como las páginas de algunos

⁶³ “En digno homenaje pagó México su deuda a los Niños Héroes”, en: *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, p. 1.

⁶⁴ La fotografía ilustra el artículo “La inmortalidad de los Niños Héroes, consagrada ayer en el Altar de la Patria”, en: *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, p. 13.

⁶² López, “Conmemoración”, 1999, p. 67.

periódicos de la capital. *El Universal* y *Excelsior*, por ejemplo, publicaron suplementos dedicados a los defensores de Chapultepec. En sus editoriales, ambos periódicos replicaron el discurso oficial e hicieron una apología de los Niños Héroes. Entre el 13 y el 15 de septiembre, en las páginas de estos diarios hubo pocas contradicciones a lo que se expuso en el ceremonial público. Apenas, en un texto de Erasmo Gamaliel Flores, en *El Universal*, se asomó una crítica hacia los Estados Unidos: “nación que siempre nos ha amenazado con estruendoso tropel, la que con sus inmensas garras ha llevado muchos pueblos hacia ella”.⁶⁵ Fue una excepción en un momento en el que sólo había alabanzas para la nación que cien años atrás invadió al país.

Otras excepciones provinieron de algunos intelectuales. Agustín Yáñez, por ejemplo, aludió más claramente a la guerra y a la desunión del país en esas épocas. Recordó que “mucho antes de la lucha, México ya estaba derrotado por su imprevisión, por la ambición e incompetencia de los caudillos, por la corrupción general, que iba desde los soldados hasta las clases acomodadas, y por su inconsistencia ética”.⁶⁶

Más distantes de los días de la conmemoración y en otros medios, ciertos escritores expresaron ideas más críticas, sobre todo en libros que se publicaron por motivo del centenario. Antonio Castro Leal recordó⁶⁷ las carencias que existieron en el bando mexicano durante la guerra, como “la imprevisión y el hambre”, “los elementos materiales insuficientes e inadecuados”, “las diferencias y las rencillas personales que aparecían en el fragor mismo de la batalla” y “la ambición del poder que relegaba a segundo término la salvación de la patria”.⁶⁸ Invitó a una reflexión histórica objetiva en torno a la guerra.

Un poco más severo, sobre la “máxima tragedia nacional”, Luis Cabrera escribió⁶⁹ que en el aspecto militar no había nada rescatable. Del lado mexicano, refirió, sólo hubo “heroicidades suicidas, que no son una lección recomendable a los mexicanos, y detrás

de las cuales se traslucían siempre la impreparación, o la indisciplina, o las disensiones de los jefes, o las ambiciones políticas de los caudillos”.⁷⁰ Cabrera publicó esto en 1948, es decir, después de la conmemoración oficial y del entusiasmo desbordado por los Niños Héroes. Por ello, criticó fuertemente el culto hacia dichos personajes (a esas “heroicidades suicidas”), así como el hecho de no haber estudiado objetivamente el conflicto para comprender la incompetencia y la irresponsabilidad de los mandos militares. Con ello, Cabrera también criticó al gobierno de Alemán y su acercamiento con Estados Unidos. Hay que recordar la injerencia del gobierno estadounidense durante la Revolución y su invasión al puerto de Veracruz en 1914. El nacionalismo revolucionario de Cabrera se aprecia, por ejemplo, en la caracterización que hizo del presidente Polk como el artífice del “desmembramiento del territorio mexicano”. La crítica de Luis Cabrera recuerda la que hizo Daniel Cosío Villegas al régimen posrevolucionario el mismo año de 1947. Cosío preveía que la crisis que atravesaba el régimen llevaría a “la inspiración, la imitación y la sumisión a Estados Unidos” y a “adoptar íntegra su tabla de valores, tan ajena a nuestra historia, a nuestra conveniencia y nuestro gusto”.⁷¹

Opiniones como las de Castro Leal y Cabrera fueron esgrimidas en algunas de las varias obras que se publicaron con motivo del centenario de la guerra.⁷² Dichas opiniones, así como las expresiones

⁷⁰ Cabrera, “Prólogo”, 1948, p. IX. Las cursivas son mías.

⁷¹ Cosío, “Crisis”, 1966, pp. 143-144.

⁷² Hubo algunas cercanas al oficialismo, como las ya aludidas de Sotomayor y Torrea, y otra, del coronel Miguel Sánchez Lamego (*El Colegio Militar y la defensa de Chapultepec en septiembre de 1847*, México: Editorial Vera, 1947). La “Biblioteca Enciclopédica Popular” de la SEP publicó libros con textos escogidos, como *Héroes de 1847*, cuya selección se le encomendó a Rafael Heliodoro Valle (México: Secretaría de Educación Pública, 1947) y *Los antiesclavistas norteamericanos, la cuestión de Texas y la guerra con México*, arreglado por Julio Luelmo (México: SEP, 1947). Vicente Fuentes Díaz y José C. Valadés publicaron historias sobre la guerra, con reflexiones sobre actores específicos y sobre la política mexicana y estadounidense durante los años del conflicto: *La intervención norteamericana en México, 1847*, México: Imprenta Nuevo Mundo, 1947, y *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos, México*: Editorial Patria, 1947, respectivamente. Asimismo, se imprimieron traducciones de obras estadounidenses sobre la guerra, principalmente de aquellas que fueron críticas hacia la misma y hacia el gobierno norteamericano, como la de William Jay, *Revista de las causas y consecuencias de la guerra mexicana* (México: Editorial Po-

⁶⁵ *El Universal*, 13 de septiembre de 1947, p. 4 del suplemento “La Gloriosa Jornada de Chapultepec”.

⁶⁶ Citado en López, “Conmemoración”, 1999, p. 67.

⁶⁷ En el prólogo a la edición que publicó Porrúa de los *Recuerdos de la invasión norteamericana* de José María Rúa Bárcena.

⁶⁸ Castro, “Prólogo”, 1947, pp. IX-X.

⁶⁹ Cabrera tradujo y prologó las entradas relativas a México del diario del presidente estadounidense en la guerra, James K. Polk.

de algunos intelectuales en el contexto del centenario, ilustran las discrepancias que existieron con la versión del pasado que el gobierno alemanista presentó. De manera más general, ayudan a ver las limitantes que pueden encontrar los actores políticos al hacer uso del pasado, como son las distintas interpretaciones que se pueden hacer de un suceso desde un ámbito más académico. No obstante, hay que recordar que las celebraciones o conmemoraciones públicas del pasado obedecen a intereses políticos, más que históricos,⁷³ por lo que es natural encontrar estas discrepancias.

Es este un tema muy amplio, que merece una investigación aparte —imposible de abarcar aquí—. Lo cierto, sin embargo, es que las publicaciones de corte historiográfico difícilmente tuvieron el alcance y la difusión de las ceremonias oficiales y el discurso que las acompañó. Esto es visible en la vigencia que tiene hasta nuestros días el mito de los Niños Héroes (aunque se cuestione ampliamente), y la semejanza de la conmemoración de 1947 con las que hoy en día se hacen cada 13 de septiembre en las escuelas o en el Altar a la Patria de Chapultepec. Y si bien en 1947 el gobierno mexicano enalteció a los Niños Héroes por medio de las ceremonias y de otros actos en el ámbito educativo, la participación de la sociedad en esas actividades muestran la amplia aceptación que tenía y que logró tener en ese momento el relato heroico de los cadetes.⁷⁴ Es decir, no fue solamente gracias a la conmemoración que aquí se estudia que el carácter mitológico de los defensores de Chapultepec se arraigó entre la sociedad mexicana, pero dicha celebración sí contribuyó a hacerlo.

lis, 1947) y la *Revisión de la guerra entre México y los Estados Unidos*, de Abiel Abbott Livermore (México: Talleres Gráficos de la Nación, 1948), que tradujeron Guillermo Prieto Yeme y Francisco Castillo Nájera, respectivamente.

⁷³ Tenorio, *Historia*, 2009, p. 22.

⁷⁴ Como plantea Enrique Florescano, “la verdad del mito no está en su contenido, sino en el hecho de ser una creencia aceptada por vastos sectores sociales”. Esto incluye a los mitos nacionales, es decir, aquellos que encapsulan la memoria colectiva, o que “expresan la conciencia histórica de un pueblo”. Florescano, “Prólogo”, 1995, pp. 10-11.

CONSIDERACIONES FINALES

Mediante el análisis de la manera en que se conmemoró la guerra de 1846-1848 cien años después, es posible distinguir algunos elementos que estuvieron presentes en la mayoría de las expresiones oficiales y no oficiales. Llama la atención que, sobre todo en el discurso más difundido (el del gobierno o de la prensa), se hicieron muy pocas y muy discretas menciones a quien fuera el enemigo y a la forma en que éste hizo la guerra. Los periodistas y políticos no mencionaron, por ejemplo, los motivos por los cuales inició la guerra, ni la política expansionista o las decisiones que tomó el presidente Polk. Al referirse a Estados Unidos, casi únicamente alabaron su política del “Buen Vecino” o invitaron a olvidar rencores del pasado. En esto último influyó el cambio en la política exterior por parte de Alemán.

Alemán explicitó este cambio en la relación política y económica con la nación que cien años atrás invadió México, a través de su discurso de bienvenida a Truman, en el que refirió la buena acogida que tendría el capital estadounidense. Si se quería preparar el terreno para inversiones del país vecino, era una mala idea reactivar rencillas del pasado, incluso, parecería que se optó por evitar mencionar quién invadió a México cien años atrás y sus motivos. El gesto del presidente Truman durante su visita, en marzo de 1947, también ayudó a fijar este discurso.

Por otro lado, como puede verse a lo largo del texto, los Niños Héroes ocuparon el lugar primordial. Se les tomó como un ejemplo paradigmático del heroísmo patriótico, no sólo de la guerra con Estados Unidos, sino de toda la historia del país. Aunque el culto a estos personajes ya tenía varias décadas, en 1947 fue reavivado gracias al supuesto hallazgo de sus restos, que fueron utilizados como objetos esenciales en la ceremonia de conmemoración, incluso fueron convertidos en un símbolo de veneración. Los restos fueron colocados en el “Altar a la Patria” (véase imagen 2) cuando fue inaugurado, en 1952, y el culto tiene presencia hasta nuestros días.

En este sitio, conocido popularmente como el Monumento a los Niños Héroes, cada 13 de septiembre se lleva a cabo una ceremonia que recuerda la defensa de Chapultepec y, en particular, a los cadetes del Colegio Militar. En las escuelas primarias, los alumnos siguen dibujando los rostros de los ca-

detes o a Juan Escutia lanzándose envuelto en la bandera, aunque muchas veces sin saber por qué lo hizo o ante qué enemigo la estaba defendiendo.

Las conmemoraciones (de distintos sucesos en diferentes épocas) han servido para legitimar a un régimen, sus instituciones y su política. En el caso del gobierno de Miguel Alemán, el recuerdo

de la guerra de 1846-1848 fue útil para legitimar la nueva política económica, que pretendía abrirse al capital extranjero, en particular al estadounidense; asimismo, al Ejército le sirvió para legitimarse en un momento en el que había sido desplazado del poder Ejecutivo. Con ello, los distintos actores ayudaron a perpetuar el mito de los Niños Héroes y a consolidar un lugar de memoria —y de olvido—. ⁷⁵



Imagen 2. Altar a la patria. Obra del escultor Ernesto Tamariz y del arquitecto Enrique Aragón. Fotografía del autor.

⁷⁵ Agradezco al Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM el apoyo otorgado para realizar esta investigación.

FUENTES

Hemerográficas

Excelsior, México, 1947.

El Universal, México, 1947.

Bibliográficas

- Achugar, Hugo, “El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (motivos y paréntesis)”, en: Elizabeth Jelin y Victoria Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid: Siglo Veintiuno, 2003, pp. 191–216.
- Ben-Amos, Avner, “El centro sagrado del poder: París y los funerales del Estado republicanos”, en: *Culturales*, vol. III, núm. 6, julio/diciembre de 2007, pp. 49-74.
- Cabrera, Luis, “Prólogo del traductor”, en: James K. Polk, *Diario del presidente Polk [1845-1849]. Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaije con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, vol. 1, recopilación, traducción, prólogo y notas de Luis Cabrera, México: Antigua Librería Robredo, 1948.
- Campos Pérez, Lara, “Cuauhtémoc, ‘el héroe completo’. La conmemoración del último emperador azteca en la Ciudad de México durante el porfiriato (1887-1911)”, en: *Historia Mexicana*, vol. 66, núm. 4 (264), abril de 2017, pp. 1819–1861.
- Castro Leal, Antonio, “Prólogo”, en: José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, (col. Escritores Mexicanos, núm. 46) tomo I, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1947.
- Cosío Villegas, Daniel, “La crisis de México”, en: *Ensayos y notas*, México, Buenos Aires: Hermes, 1966, pp. 113-150.
- Florescano, Enrique, “Prólogo”, en: Enrique Florescano (coord.), *Mitos mexicanos*, México: Aguilar, 1995, pp. 9-11.
- García Muñoz, María Elena y Ernesto Fritsche Aceves, *Los Niños Héroe: de la realidad al mito*, Tesis de Licenciatura en Historia, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1989.
- Hobsbawm, Eric, “Introducción: la invención de la tradición”, en: Eric Hobsbawm y Terrence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona: Crítica, 2002, pp. 7-21.
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, (traducción de Hugo F. Bauzá), Barcelona: Paidós, 1991.
- Loeza, Soledad, “Todo presidente pasado fue mejor”, en: *Nexos*, 12 de septiembre de 2016, versión digital en: <<https://www.nexos.com.mx/?p=29602>> (consultado el 19 de enero de 2021).
- López Portillo T., Felicitas, “La conmemoración de la Guerra del 47 en México, cien años después”, en: *Revista de la Universidad de México*, núm. 586–587, noviembre de 1999, pp. 60–67.
- _____, “Las glorias del desarrollo: el gobierno de Miguel Alemán”, en: *Secuencia*, núm. 19, abril de 1991, pp. 61–86.
- Medin, Tzvi, *El sexenio alemanista. Ideología y praxis política de Miguel Alemán*, (col. Problemas de México), México: Ediciones Era, 1990.
- Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía patrocinada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Boletín extraordinario, año décimo. Los gloriosos Niños Héroe y el hallazgo de sus restos*. México: Academia Nacional de Historia y Geografía, 1954.
- Nora, Pierre, “Entre memoria e historia. La problemática de los lugares”, en: Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, (traducción de Laura Maseillo), Montevideo: Ediciones Trilce, 2008, pp. 19-39.
- Plascencia, Enrique, “Conmemoración de la hazaña épica de los niños héroes: su origen, desarrollo y simbolismos”, en: *Historia Mexicana*, vol. 45, núm. 2, *Rituales cívicos*, octubre-diciembre 1995, pp. 241-279.
- Sotomayor, Arturo, *Nuestros Niños Héroe. Biografía de una noticia*, México: Talleres Gráficos de la Nación, 1947.

- Tenorio Trillo, Mauricio, *Historia y celebración: México y sus Centenarios*, México: Tusquets Editores, 2009.
- Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, (traducción de Miguel Salazar), Barcelona: Paidós, 2000.
- Torrea, Juan Manuel, *A cien años de la epopeya. Rendido homenaje a los héroes*, colaboración a la VIII Reunión del Congreso de la Historia, México: Talleres de la Empresa Editorial “Beatriz de Silva”, 1947.
- Vázquez Mantecón, María del Carmen, “Las reliquias y sus héroes”, en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 30, diciembre de 2005, pp. 47–110.
- Wagenen, Michael Scott van, *Remembering the Forgotten War. The Enduring Legacies of the U.S.-Mexican War*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2012.